Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea,
21, 2020, pp. 155-178
e-ISSN: 2386-4745 | ISSN: 1579-3311

El futuro del pasado. Prolepsis y memoria en el discurso comunista (1931-1975)[1]

The Future of the Past. Prolepsis and Memory in Communist Discourse (1931-1975)

José Carlos Rueda Laffond
Universidad Complutense de Madrid
jcrueda@ucm.es
https://orcid.org/0000-0002-6138-2968

Recibido: 03-3-2020
Aceptado: 08-5-2020

Cómo citar este artículo / Citation: RUEDA LAFFOND, José Carlos (2020). El futuro del pasado. Prolepsis y memoria en el discurso comunista (1931-1975). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, pp. 155-178, https://doi.org/10.14198/PASADO2020.21.06

Resumen

El artículo estudia un corpus limitado de informes políticos confeccionados por el Partido Comunista de España y la Internacional Comunista. Dichos materiales ponen de relieve la persistencia de un esquema recurrente en el discurso orgánico, caracterizado por vincular reflexiones de pasado con diagnósticos de presente y prospecciones de futuro. La tesis que se defiende en este artículo es que esa última dimensión no debe valorarse como mera coda especulativa. Por el contrario, se considera que las expectativas de futuro sirvieron de espacio de comprensión para el hoy y el ayer. De ese modo, se resalta la importancia de las imágenes de futuro como premisa para entender la estrategia política y las narrativas de la memoria. Paralelamente, el estudio de momentos distantes –de las vísperas de la II República al tardofranquismo– permite

1. Este trabajo es resultado del Proyecto de Investigación «Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX» (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, ref. HAR2016-77416-P).

apreciar la continuidad de tales prácticas y la notable ductilidad histórica de esos imaginarios.

Palabras clave: Partido Comunista de España; Internacional Comunista; Memoria; Imaginarios; Futuro.

Abstract

This article studies a limited set of political reports produced by the Communist Party of Spain and the Communist International. Said materials highlight the persistence of a pattern in the organic discourse, characterized by the connection between reflections onthe past, diagnoses for the present and prospects for the future. The thesis put forward is that the latter dimension should not be valued just as a mere speculative coda. Rather, it acted as a compendium of future discourses that conditioned the meaning given to the present and the past. Thus, the essay underlines the importance of images of the future as premises for political strategy and memory. At the same time, the analysis of distant moments –from the beginning of the Second Republic to the late Francoism– allows us to appreciate the continuity of these practices and the historical ductility of the imaginaries of the future.

Keywords: Communist Party of Spain; The Communist International; Memory; Future; Imaginaries.

Introducción

Un trabajo de Rafael Rodríguez Tranche y Vicente Sánchez-Biosca (2011), dedicado al *Noticiario Español* y a otras producciones documentales, enfatiza, desde su título (*El pasado es el destino*), el interés de la Dirección Nacional de Cinematografía por la memoria épica como matriz simbólica para el nuevo Estado en torno a 1939. Tales prácticas constituyeron un buen ejemplo de invención –y manufactura, cabría añadir– de la tradición, según el enfoque clásico de Eric Hobsbawm (1983: 7-21). El presente texto se interesará también por la producción de memorias políticas, aunque invirtiendo los términos manejados en el libro antes citado. En concreto, la tesis que aquí se propone entiende a los imaginarios de futuro como espacios de significación desde el presente y ante el pasado. Para ello se analizarán algunos casos representativos de publicística comunista española –o bien dedicada a España–, elaborados entre finales de los años veinte y el ocaso del régimen de Franco.

No faltaron durante el período republicano fabulaciones de política-ficción ante un amenazador futuro que se temía dominado por las enseñas rojas. Así, *Mundo Gráfico* (6-V-1936) se preguntó, al reseñar la manifestación celebrada en Madrid el 1 de mayo, si los jóvenes pioneros uniformados y la simbología comunista darían «el tono a la España de mil novecientos sesenta». Años antes,

la revista conservadora *Gracia y Justicia* (23-IV-1932) ya había ironizado sobre una futura España retrógrada en 1942, donde «los naturales del país no usen más indumentaria que la hoz y el martillo colgado del cuello». Tales especulaciones se oponían, obviamente, a la idea de devenir o a las anticipaciones de futuro asumidas por las organizaciones comunistas, entre ellas, por el Partido Comunista de España (PCE).

Franco Andreucci (2005: 55-150) ha resaltado, al respecto, la capacidad del Partido Comunista Italiano, entre los años cuarenta y ochenta, para combinar un discurso autorreferencial con una constante reescritura del pasado, pero que tendía a remarcar la sensación de continuidad y coherencia histórica. En ese relato tampoco faltó el objetivo de la meta final como gran vector simbólico, con innegable presencia en el horizonte vivencial de las militancias comunistas e intensas connotaciones existenciales (Albeltaro, 2015). La idea de un futuro emancipador trascedente también formó parte medular de la mística del partido y sirvió de compensación a su moral de sacrificio. Tales aspectos han sido resaltados ante la trayectoria concreta del PCE (Cruz, 2001: 193-194 o Ginard, 2009), aunque igualmente pueden extenderse a otras variantes comunistas internacionales de las décadas centrales del siglo XX. En términos generales, durante aquel período se mantuvo una narrativa fuertemente marcada por la historicidad y por los componentes temporales. Fueron discursos con un registro formal-estructural recurrente, que aunaron la imagen del progreso –la Historia entendida como un ascensor, según la gráfica imagen sugerida por David Priestland (2010: 150)– junto al culto a la ingeniería social.

Como se ha señalado ya, este artículo considera que lo prospectivo sirvió de herramienta explicativa y de importante marco de comprensión para el hoy y el ayer. Este texto no pretende abordar la memoria comunista, sino resaltar la importancia de las imágenes de futuro en el diseño de las estrategias políticas y en la evocación de esa misma memoria. Para ejemplificarlo se abordará un corpus documental necesariamente limitado, dadas las constricciones de espacio, integrado por textos representativos generados desde las direcciones del PCE o la IC. En este sentido, se trabajará con fuentes básicamente conocidas, definibles en un primer nivel de compresión por su carácter programático o de acción política. No constituyen, por tanto, el paradigma de relatos de memoria, si bien en su lectura e interpretación se resaltarán ciertos ángulos de comprensión relacionados con esa significación. Por otra parte, el itinerario de las siguientes páginas es de largo recorrido, situándose entre las vísperas de la II República y el tardofranquismo, para poder apreciar y comparar lógicas de continuidad o de maleabilidad en tales imaginarios de futuro.

Dado el carácter panorámico de este ensayo, hemos optado también por reducir al máximo las referencias bibliográficas que permiten contextualizar las narrativas seleccionadas. Desde los últimos años se ha ido incrementado de forma muy notable la producción interesada por el PCE. Sin ánimo de exhaustividad cabe recordar los trabajos generales de Cruz (1987), Bueno y Gálvez (2004), Hernández Sánchez (2010 y 2015), Sánchez Rodríguez (2004), Treglia (2012), Molinero e Ysàs (2017) o Andrade (2012), y ya respecto a las relaciones entre el PCE y la IC, el de Elorza y Bizcarrondo (1999). A ello se añade un vasto conjunto de aportaciones sectoriales sobre los diversos planos de la cultura o el compromiso comunista, entre las que figuran aproximaciones más puntuales al campo de la memoria, como las de Erice (2009) o Rueda (2018). Remitimos a ese vasto corpus de estudios para el enmarque concreto o bien para situar los textos aquí interpretados en relación con la explicación o la discusión sobre la acción política del PCE.

Memoria y futuro

Previamente al abordaje del objeto de estudio específico, creemos necesario repasar brevemente algunas consideraciones generales acerca de la naturaleza de los discursos de futuro y de sus implicaciones con la memoria. Al respecto, se ha subrayado, por ejemplo, la capacidad de los relatos sobre el pasado para conformar «mapas mentales» (Zerubavel, 2003). Con esa expresión se alude a cómo la evocación ayudaría a fijar valoraciones más o menos intensas que enfatizan o discriminan la percepción del tiempo, diferenciando entre «nodos» o «puntos capitales» –momentos de atención reiterada–, frente a «áreas yermas» –los abundantes momentos excluidos de las pulsiones mnemónicas. Otros análisis se han interesado por el tiempo recurrente y previsible nutrido por los hitos conmemorativos, o bien han atendido a la invisibilidad propia de las amnesias (Connerton, 1989). La relación entre memoria y futuro ha sido valorada, a su vez, desde prismas distintos. De una parte, se ha considerado que la emergencia de la cultura globalizada y sus expectativas habría erosionado las raíces tradicionales de la memoria (Connerton, 2009). Pero también se ha señalado que las claves culturales de la posmodernidad se caracterizarían por un decidido empeño regresivo, de (re)creación de «pretéritos presentes», en contraste con la cultura de la modernidad, más claramente orientada a generar «futuros presentes», como los que figuraron en las narrativas del socialismo real o en las teorías funcionalistas sobre modernización (Huyssen, 2001: 13-41). La crisis de tales cosmovisiones habría favorecido, como reactivo, determinadas agendas político-culturales fundadas en la nostalgia (Levy, 2010).

Otro enfoque parejo ha trabajado con la noción de «recuerdos del porvenir». Entre otras cuestiones, ha resaltado los fenómenos de evocación del futuro, cuando ciertas «imágenes alusivas al mañana [se socializan y se piensan] de manera colectiva». Tales ejercicios tomarían forma a través de múltiples dinámicas, como las prácticas de posmemoria o de transmisión grupal de expectativas, facilitando así la posibilidad de «recordar un futuro que [imaginándose] se torna memorizable» (Valencia, 2018: 3). Igualmente, diversos estudios han abordado la naturaleza y los efectos de los denominados «oráculos» o relatos mediáticos de futuro: es decir, los escenarios dibujados por las llamadas «noticias anticipatorias», por aquellas informaciones que no abordan un hecho sucedido, sino que formulan determinadas previsiones o expectativas que suelen responder, a su vez, a intencionalidades políticas. Se ha resaltado que tales narraciones disolverían las fronteras temporales clásicas, así como la propia noción de actualidad, proyectando hacia atrás y hacia adelante pautas presentistas. Keren Tenenboim-Weinblatt (2013) ha estimado que tales ejercicios convierten, de hecho, a los medios en agentes de memoria prospectiva, al relacionar muy selectivamente apreciaciones de pasado con determinados futuribles. Igualmente, se ha diferenciado, en este tipo de repertorios informativos, entre previsiones o elucubraciones plausibles frente a especulaciones más o menos infundadas o puras conjeturas, vinculándose todo ello con diversos usos, bien de tono legitimador o crítico (Neiger, 2007). Si bien el espacio natural para dichas prácticas es el ámbito profesional periodístico, es innegable que las «noticias anticipatorias» constituyen con frecuencia, en sí mismas, una estrategia política, del mismo modo que las diferentes variantes de discurso político pueden encontrarse contaminadas por previsiones, elucubraciones o conjeturas más o menos fundadas.

Un enfoque más, esencial para este artículo, es el que se ha interesado por la construcción de percepciones de futuro en coherencia con ciertos discursos historicistas. Ahí cabe situar el cariz del marxismo como «memoria teleológica» y, por tanto, como «memoria para el futuro», como narración enfocada a la proyección temporal de una historia dinámica (Traverso, 2017). El comunismo, como discurso sobre el futuro, enraizó con el dilatado diseño cultural de la modernidad. El «descubrimiento del futuro», en tanto esfera donde situar las posibilidades (Hölscher, 2014: 11), hizo del espectro temporal una materia social en donde asociar el evento histórico con el «espacio de la experiencia» y el «horizonte de la expectativa» (Koselleck, 1993: 337). En este sentido, la concepción de la Historia como *magister vitae* y, especialmente, como prognosis, abrió la senda de la predictibilidad. Son numerosos los ejemplos –Condorcet, Lessing, Saint-Simon o Comte– en los que, tras describir una sucesión de eras

o estadios, se concluía proponiendo predicciones. En muchos casos sus relatos estuvieron empapados de secularismo. Pero tampoco faltaron narrativas seudo-religiosas, trufadas de bucólicas alusiones a los «mandamientos del amor» o a las enseñanzas de Cristo, según figuró en la escatológica *La humanidad tal como es y como debería ser* (1838), del pionero comunista Wilhelm Weitling.

La edad de oro de los proyectos sobre el futuro tuvo lugar, sin embargo, durante el período de entreguerras, cuando coexistieron los grandilocuentes mitos fascistas, el finalismo biológico nazi o las concepciones pioneras sobre el estado del bienestar. En ocasiones, las visiones acerca del porvenir se acompañaron de intrincadas fantasías sobre el pasado como origen del destino, como ocurrió en el misticismo fascista de la rumana Legión de San Miguel Arcángel (Griffin, 2019: 102-105). En esas mismas décadas se consolidó también la crono-política soviética, fundada en el axioma de una transformación radical e inevitable de la historia a través de la historia, que hizo del proyecto comunista «una línea del tiempo» (Anastasoaie, 2015: 3). Numerosos escritos didácticos evocaron su estadio final. En su popular *ABC del comunismo* (1977 [1919]), Nikolái Bujarin e Yevgeni Preobrazhensky dibujaron un escenario de futura cooperación y cultura desbordante, en un entorno tecnificado entendido como cima del progreso. El programa de la Internacional Comunista (IC), aprobado en su VI Congreso de 1928, asimismo incluyó un apartado dedicado a la sociedad comunista inspirado por la política de «clase contra clase» propia del «tercer período», una fase que se preveía de agudización de las contradicciones capitalistas y de radicalización de los antagonismos en Occidente. En contraste, el relato de la IC identificó comunismo con una armonía universal que garantizaría el perfecto equilibrio entre campo y ciudad, «la máxima unificación de la ciencia y de la técnica» o «la aplicación de los métodos más perfectos del cálculo estadístico» (*Programa…*, s.f.: 30). Diez años después, otro tratado pedagógico que acabaría gozando de intensa difusión –la historia del partido soviético o *Curso corto*– advertía del inapelable destino. «La fuerza de la teoría marxista-leninista», se afirmaba en su epílogo, «consiste en que da al Partido la posibilidad de […] prever la marcha de los acontecimientos y discernir […] cómo y hacia dónde habrán de desarrollarse en el porvenir».

Se ha hablado de la institucionalización de una futurología, o una ciencia ficción oficial, en la Unión Soviética durante los años treinta o cuarenta (Stites, 1989). En ellas se presentó el devenir colectivo como magma que subsumía lo individual, sublimándolo hacia la conformación de un producto antropológico (el «hombre nuevo»). O, por supuesto, se enfatizó el rol del país como vanguardia histórica, del partido como vanguardia dirigente y del liderazgo personal como vanguardia clarividente. Tales prácticas incorporaron diversos usos del

tiempo. Se enalteció una temporalidad lineal trascendente, caracterizada por la instauración de un nuevo momento (el socialismo) concebido como gozne entre lo anterior a 1917, destinado a ser eliminado, y la definitiva meta comunista. Pero también se pautó un tiempo estacional marcado por iteraciones conmemorativas (las efemérides recurrentes y previsibles del Primero de Mayo o del 25 de Octubre) acompañadas por una intensa uniformidad iconográfica y simbólica. Otro artificio narrativo, orientado a disolver las fronteras entre pasado y presente, figuró en el popular lema propagandístico «Stalin es el Lenin de hoy». Su lectura más obvia presentaba a Stalin como sucesor y heredero de Lenin. Aunque también encubría otro sentido metafórico más sutil, al sugerir que la memoria de Lenin se prolongaba en Stalin. Se aludía así a Lenin como primer peldaño, en una escala ascendente de desarrollo histórico, y a Stalin como culminación de ese crescendo. De ese modo, Stalin es el Lenin de hoy era como decir que Lenin *fue* el Stalin de ayer, otorgando a 1917 el rol de anticipación de un tiempo presente, históricamente superior (Ventsel, 2011).

La revolución inacabada

Los informes políticos comunistas conforman un vastísimo corpus documental que evidencia los usos y la maleabilidad de la dimensión temporal, en coherencia con aspectos que acaban de indicarse («mapas» y percepciones compartidas sobre el pasado; transmisión grupal de expectativas o reflexiones anticipatorias). Muy en particular, la tesis de que las expectativas de futuro clarificaban el presente y daban sentido a los antecedentes constituyó un elemento constante en análisis que –bien desde España, Francia o Moscú– diseccionaron el final de la monarquía y los primeros años del régimen republicano. La imagen de una creciente agudización de la lucha de clases impregnó, por ejemplo, un escrito redactado bajo seudónimo («Espartaco») en 1928, conservado en uno de los expedientes del Secretariado Romano de la IC[2]. El porvenir inmediato traería, según ese texto, un reforzamiento de la dictadura y de la corona. Pero, en paralelo, se producirían otras tensiones «igualmente acusadas y radicalmente divergentes», derivadas de los desajustes económicos o sociales. Por tanto, el escenario era diáfano: gradual proletarización de las clases medias e incremento exponencial de las movilizaciones obreras que saltarían por encima de los diques de contención encarnados en «la traición de los jefes socialistas», colaboradores descarados del «gobierno dictatorial». Y a todo ello se sumaba

2. La situación política de España y las tareas del partido (Proyecto de tesis, por Espartaco), julio de 1928, Archivo Estatal de Historia Socio-Política de la Federación Rusa (RGASPI), 495/32/196.

el reavivamiento del sangriento foco marroquí («el odio de los moros contra la opresión española se reproducirá de un momento a otro»). Tal escenario exigía reforzar las estructuras ilegales del PCE y ganar aliados, entre los que se mencionaba a la pequeña burguesía, al campesinado o al «movimiento nacionalista de Vasconia y Cataluña». «La época de las conspiraciones pequeño-burguesas ha pasado [y] las clases medias no pueden ya desempeñar un papel [revolucionario] director», se apostillaba. La única alternativa estaba entonces representada por un «frente único», propio de la «etapa imperialista», dirigido por el Partido Comunista.

Otro escrito cercano en el tiempo mantuvo parte de ese argumentario aunque con variaciones. Ante el III Congreso del PCE (verano de 1929), la federación catalana, en vísperas de la escisión maurinista, ofreció sus propios diagnósticos de presente y futuro[3]. El documento servía de ariete contra la dirección del partido, tildada de cómplice del «pabloiglesismo» y de responsable del debilísimo tejido orgánico. Respecto a las conjeturas, se insistió nuevamente en la solidez de la dictadura –asimilada a servir de herramienta de poder para una burguesía decadente–, en alianza con intereses «ferozmente nacionalista[s]» y con las «fuerzas semi-feudales» representadas por la corona, el ejército, la aristocracia o el clero. La resultante de semejante conglomerado era un «régimen teocrático-militar-absolutista». En contraste, se reivindicaba el frente único, aunque ahora redefinido como bloque obrero y campesino. La llave de la ruptura se situaba en la vetusta consigna de la huelga general revolucionaria, y su salida en una vaporosa «República Federal Democrática» que incluyese el «derecho de las naciones [catalana y bizcaitarra] a separarse del tronco ibérico».

Las instrucciones del Secretariado Político de la IC para el PCE, dictadas en junio de aquel mismo año, consideraron un error sobreestimar la dictadura[4]. Y, ya en noviembre de 1930, se advirtió que la crisis económica y política se ahondaba, evaluando el Pacto de San Sebastián como un intento burgués por resolver la situación «sin perturbaciones revolucionarias profundas». El mismo informe incluyó un oráculo contundente: los sucesos se estaban desarrollando en España a gran velocidad y cabía augurar una guerra civil inminente. El PCE debía, pues, prepararse, ante la perspectiva de una progresiva radicalización de dos campos opuestos. A un lado, el partido, y al otro, el sumatorio contrarrevolucionario compuesto por el republicanismo, los socialistas, la CNT y un

3. La situación política de España y las tareas del partido (tesis presentada por la Federación de Cataluña), RGASPI, 495/32/198.
4. Proposals of the Political Secretariat on the Spanish question, 8.III.29. RGASPI, 495/20/260.

nuevo compañero de viaje, el trotskismo maurinista. En el mismo documento se resaltó, como principales objetivos, la toma de la tierra, armar al proletariado y crear soviets[5]. Y ese fue el eslogan voceado el 14 de abril. Según evocaron Amaro del Rosal o Manuel Tagüeña, aquel día un camión con una bandera roja se dirigió por el centro de Madrid hacia el Palacio Real, mientras que sus ocupantes –José Bullejos, Jesús Hernández, Dolores Ibárruri o el propio del Rosal– despotricaban contra la monarquía, pero también contra la república burguesa, hasta que terminaron siendo agredidos por la multitud (Cruz, 1987: 126 y Tagüeña, 1976: 34).

En el balance sobre aquella jornada, realizado en Moscú en mayo, se recriminó duramente la actitud de la dirección española. En una resolución inspirada por Dmitri Manuilsky se evaluó el 14 de abril como el «momento más importante de la revolución». Sin embargo, los españoles no habían entendido el clamor que acompañó a la implantación del nuevo régimen. La República encarnaba las ilusiones democráticas populares, si bien pronto estas se verían defraudadas. Amoldando el esquema interpretativo de 1917 como guía, la estrategia no pasaba por «defender al gobierno contra-revolucionario republicano [o por] gritar ¡Viva la República!», sino por haber encabezado la «lucha contra el antiguo régimen» –exigiendo, por ejemplo, la detención del rey–, y haber impulsado la creación de soviets como órganos motores del cambio, fijando «una directriz clara, una perspectiva de desarrollo»[6]. Sin embargo, a pesar de la oportunidad perdida, cabía seguir conjeturando. La crisis económica continuaría su curso, lo cual radicalizaría la lucha de clases. Así las cosas, se consideraba que «el divorcio entre las masas y los jefes [socialistas y anarco-sindicalistas] será un proceso rápido» que terminaría derivando en una inevitable hegemonía comunista. Al tiempo, el necesario ahondamiento de la revolución democrática pasaría por liquidar los resquicios de la reacción monárquica. Y, por supuesto, por la urgente formación de soviets, el talismán prospectivo que garantizaría «que la revolución realizará su voluntad […] y se embarcará en el camino de su transformación en revolución socialista».

Otros informes posteriores añadieron al discurso de «clase contra clase» y a los llamamientos en pos del «frente único por la base» una recapitulación sobre el devenir del régimen republicano como relato elemental de memoria. Así, las directrices dictadas por la IC en septiembre de 1931 reiteraron la idea de pendiente hacia la crisis capitalista o percepción del momento republicano como mera fase transitoria siguiendo, nuevamente, el molde ruso del interregno

5. Directives pour la délégation de l'I.C. en Espagne, 2.11.1930. RGASPI, 495/20/260.
6. Moscou, 21.V.31. Au Comité Central du P.C. espagnol. RGASPI, 495/2/185.

marzo-octubre de 1917. Por tanto, el gobierno y las Cortes constituyentes no respondían sino a un decidido carácter contrarrevolucionario, incluyendo a los «jefes socialistas y anarcosindicalistas, agentes de la burguesía». «La historia nos plantea», se decía, «los problemas de la revolución democrática», sustanciados en «la tierra para quien la trabaja, [los] derechos de las nacionalidades a la autodeterminación [o la] abolición de los privilegios de la Iglesia»[7]. A inicios de 1932 Vittorio Codovilla, ya erigido en delegado clave de la IC en España, insistió en los mismos aspectos. En un documento de tono escolástico opuso un populismo idealizado frente a la senda que adoptaría el gobierno de Azaña, que «no es otra cosa que un gobierno de transición hacia la dictadura abierta de la gran burguesía, dictadura que será ejercida por Lerroux y su partido»[8].

Antifascistas

Un texto posterior a las elecciones de noviembre de 1933 –anónimo, pero seguramente también de Codovilla– sirve de corolario a lo señalado hasta ahora[9]. Arrancaba comentando la irrupción nazi en Alemania. Consideraba además que no discutir la estrategia de los comunistas alemanes o de la IC sirvió de catalizador –«clarín de alerta»– para impulsar un sentimiento antifascista en España capitalizado por el PCE. La variable fascismo, que en absoluto era nueva en los análisis de la IC, se incrustaba definitivamente en la narrativa española: dentro de las perspectivas de «clase contra clase» y como llave maestra que, por fin, permitiría culminar la estrategia del frente único. De ese modo, los sucesos de Alemania, el primer bienio republicano o el vuelco electoral de noviembre convergían en una única dirección en virtud de su valor finalista, de sus consecuencias de futuro. El documento ofrecía el cuadro de un abigarrado fascismo español: Acción Popular, agrarios y Gil Robles; pero también Casas Viejas, la «obra nefasta de la socialdemocracia», la verborrea de un Largo Caballero ya declarado «campeón de la Dictadura del Proletariado», o una CNT, que «educa cuadros para el fascismo». El resultado era, entonces, palpable: «en España el fascismo no arranca de un ala de la burguesía, sino que brota por todas partes».

El período circunscrito entre el verano de 1934 e inicios de 1936 sirvió, en cambio, de trasfondo para una profunda reescritura de la estrategia del PCE coincidiendo con una primera formulación de su memoria orgánica –llamada a pervivir en el futuro– y con la revisión de las expectativas. El punto de llegada

7. Proyecto de tesis sobre la situación política de España y las tareas inmediatas del Partido, s.f., RGASPI, 495/32/205.
8. Contribución a la preparación del Congreso del Partido, s.f. RGASPI, 495/32/213.
9. Informe de España, s.f. RGASPI, 495/32/142.

se situó, en el plano del discurso, en la invocación de una Concentración Popular Antifascista (junio de 1935), y, en el nivel práctico, en la participación en la estructura electoral frentepopulista a inicios del año siguiente. Todo ese proceso tuvo un punto de inflexión sobresaliente en los sucesos de octubre de 1934, si bien ya desde meses antes el partido había reorientado su táctica hacia la participación en las alianzas obreras, principalmente animadas desde la izquierda del PSOE. Se trataba de un giro que quebraba el tradicional desprecio a la socialdemocracia. El magma unificador para toda esa reorientación se situó, obviamente, en la percepción y la narrativa antifascista.

Los atisbos del giro se apuntaron en el ecuador de 1934. Un proyecto elaborado por el Secretariado Romano –obra probablemente de Stoyán Mínev, «Stepanov», y remitido para su discusión al Buró Político del PCE– recuperaba muchas fórmulas conocidas mediante el clásico argumento de indicar cuál debía ser la acción del partido e historiar el pasado inmediato[10]. Se insistía en el carácter revolucionario del período abierto el 14 de abril, si bien se rebajaba el rol histórico de aquella jornada, tildada ahora de revuelta. O se valoraba al primer bienio como régimen «burgués-terrateniente» contrarrevolucionario, añadiéndose que representó el prólogo necesario para la regresión iniciada desde finales de 1933. Pero en las críticas a los socialistas se prescindía del epíteto «socialfascismo», mientras que la etiqueta fascista se restringía a los «partidos de la extrema derecha de la burguesía» y a «la reacción clerical-negra». En paralelo, se sofisticaba la teorización sobre la naturaleza de la «revolución burgués-democrática», estimándola de «tipo no habitual»: posterior a 1917, contemporánea a una crisis general del capitalismo y obligada a socavar los residuos feudales, especialmente en el campo. Sin prescindir aún de la exhortación a los soviets, se conjeturaba entonces sobre un escenario abierto –«de transición»– hacia un «Estado de nuevo tipo».

Aquella imagen aludía a un futuro indeterminado. Empero, el documento igualmente resaltaba que «la tarea principal del momento» era la «lucha resuelta contra la reacción y el fascismo», según la añeja táctica del frente único. Sin embargo, en agosto de 1934 la delegación española propuso al Comité Ejecutivo de la IC el ingreso en el tejido de las alianzas obreras, quebrando el sentido otorgado a la expresión frente único y, con ello, el aislamiento propugnado hasta entonces[11]. En la justificación del nuevo planteamiento

10. La etapa actual de la revolución española y las tareas del Partido Comunista de España. Proyecto de tesis, 14.7.34, RGASPI, 495/32/219.
11. Proposiciones hechas por la delegación española a la comisión política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Agosto de 1934, después de amplia discusión, RGASPI, 495/41/441.

volvían a aunarse las expectativas con la alusión, no exenta de autocrítica, al pasado. Entre las perspectivas se encontraba la confluencia sindical o atraer a la pequeña burguesía para «impedir que se entregue en manos del fascismo». Y entre las lecturas históricas, la constatación de la debilidad comunista («somos un Partido pequeño en relación con las exigencias de la Revolución»), aunque arguyendo que «la razón estaba de nuestra parte y no de los socialistas». «Los comunistas hemos dicho que la república preparaba el camino al fascismo», se afirmaba. «Los socialistas decían que por la república burguesa se marchaba hacia el socialismo. Este hecho ha demostrado que también teníamos razón».

El 2 de junio de 1935, José Díaz (1978: 35-64), presentó en el madrileño Monumental Cinema la propuesta de una «Concentración Popular Antifascista». Magnificando el papel del PCE en los sucesos de octubre de 1934 –objeto de decidida idealización de memoria–, alertó del «peligro fascista» y del «golpe militar», llamando al PSOE y a las juventudes socialistas, a anarquistas, sindicalistas y republicanos de izquierda, a confluir en un «programa sencillo». En aquella intervención desapareció toda alusión a los soviets, frente a la exaltación de las alianzas obreras como trama colaborativa de futuro. Si bien Díaz expresaba una versión clara del giro estratégico, las raíces de su discurso se encontraban en un texto anterior en el que colaboraron «Stepanov» o Manuilsky, pero que tuvo decisivas correcciones de Palmiro Togliatti. Al presentar la última versión del escrito, el italiano argumentó que pretendía destacar ciertas críticas al PCE o enfatizar las diferencias entre la dirección y las bases socialistas, e incluyó la frase «necesidad de crear un bloque entre la clase obrera y el campesinado». Aquella afirmación tan laxa se resolvía, en el interior del texto, apelando a «un amplio frente popular antifascista» que quebrase «los riñones de la contrarrevolución fascista»[12].

La intervención de José Díaz (1935) en el VII Congreso de la IC, en agosto, cerró el círculo narrativo de la primera acepción frentepopulista en el PCE –ahora denominada bloque popular antifascista–, con un relato de memoria renovado y una calculada ambigüedad terminológica. Su núcleo argumental se centraba en los sucesos de octubre desde tres tesis: magnificar el protagonismo del partido, asegurar que lo acaecido en octubre de 1934 no fue una insurrección –solo pretendía presionar para «constituir un Gobierno republicano-socialista o socialista»–, y fijar un balance victorioso, pues se logró «que el fascismo no se haya consolidado aún en España». El vector antifascista permitía también acomodar las prospectivas de futuro. El relato de Díaz seguía

12. A los obreros socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas de España. A todos [los] trabajadores de España, de Cataluña, del País Vasco, de Galicia y de Marruecos, 10.V.1935, RGASPI, 495/32/224.

fundamentándose en un tiempo en presente continúo definido por las ideas de crisis capitalista y revolución en curso. Pero ahora la apuesta era conseguir el eco de socialistas, cenetistas y republicanos a integrarse en un «bloque popular antifascista», en torno a un programa de cuatro puntos (amnistía, mejora de las condiciones de vida y trabajo, derecho de autodeterminación y confiscación de latifundios). Y en esa confluencia, la pieza maestra era la encarnada por el ala caballerista.

El objetivo de aproximarse al caballerismo permite entender la profunda reescritura histórica que subyacía en el discurso. La revisión de memoria afectaba a los antecedentes del PCE. Díaz reformuló la cronología orgánica, situando como punto de inflexión 1932 –el momento de la expulsión de la dirección encabezada por José Bullejos–, cuando comenzó «la vida de nuestro Partido en España y su actuación en comunista». Y, sin solución de continuidad, pasaba a 1934 y a la asunción del ideal antifascista. El otro instrumento decisivo en la reescritura del pasado se sustanció en una sutil variación terminológica: en el discurso seguía figurando el viejo eslogan del frente único, pero ahora sin la coletilla de «por la base». Esa simple neutralización encerraba una resignificación radical, pues neutralizaba cualquier rescoldo de la vieja etiqueta socialfascista. Muy al contrario, frente único sintetizaba ahora la necesidad de acuerdo, afirmándose incluso que ese fue el objetivo perseguido por el PCE desde noviembre de 1933. De esa forma, se trastocaba, sin aparente distorsión, en sinónimo de futurible frentepopulista.

Rectificar la historia

Cinco años después, en agosto de 1940, los balances resultaron diametralmente opuestos. En aquella fecha Díaz presentó un informe de situación ante la Secretaría de la IC en el que desgranó una imagen apocalíptica de la realidad española. Ya desde sus primeras líneas auguraba la segura implicación del país en la II Guerra Mundial, dado su carácter de virtual colonia italiana[13]. Penuria, represión, ocupación y militarismo actuaban de expresiones unívocas que anunciaban tal destino, pues «toda la orientación es preparar el país» para el conflicto. Sin embargo, el texto adquiría verdadero sentido a la luz de un argumento profético más: el de la debilidad del régimen, que presagiaba su segura caída, frente al vigor popular, el idealizado sujeto resistente. «Ni la demagogia o el terror hacen mella en el pueblo, que muestra como puede su descontento y su hostilidad», se señalaba. «Hay un ambiente de murmuración

13. Informe político, 24.8.1940, RGASPI, 495/20/86.

constante, de queja, de disgusto, que alcanza a los mismos que durante la guerra estuvieron al lado de Franco».

Este argumento se convirtió en leitmotiv constante para la narrativa comunista. Jugó un destacado papel en la estrategia y la propia identidad militante, consustancialmente enraizada con la conciencia antifranquista. De hecho, la tesis del colapso inminente de la dictadura, tan solo aplazado gracias al terror represivo y a la ocupación extranjera, dominó desde el primer momento el diagnóstico comunista. Así, en un análisis de urgencia formulado en una fecha tan temprana como mayo de 1939, el secretario de organización, Pedro Checa, ya apuntó dicha tesis al indicar que «los intentos de Franco para consolidar su régimen chocan con graves contradicciones en el interior del país y desde el punto de vista internacional». Tal expectativa determinaba los objetivos inmediatos –«impedir la estabilización [del] régimen y preparar las condiciones de su derrumbamiento»–, dando contenido a un presente cuyo sentido explicativo estribaba en ese futuro, y en el que cualquier mínimo atisbo de posible fricción interna –por ejemplo, hipotéticas tensiones entre las familias políticas del régimen– era advertido como señal inequívoca de que se marchaba en esa dirección[14].

El mismo argumento vertebró el informe de situación remitido por la dirección del PCE a Stalin en agosto de 1948[15]. En él el franquismo era cualificado como régimen de terror dominado por la carestía, la ruina industrial o agraria y el mercado negro, y se elevaba a categoría definitiva cualquier mínimo atisbo de división interna. A tono con la nueva lectura derivada de Guerra Fría, el documento asimismo estimaba que, por pura supervivencia, el régimen se había lanzado a una frenética política de cesiones ante Estados Unidos. En contraste, se efectuaba una triunfalista lectura de la política de unión nacional –en claro paralelismo con el añejo relato del frente único por la base–, que servía como aldabonazo contra los republicanos o las dirigencias socialista y cenetista, todos ellos entendidos como meras agencias anglo-estadounidenses. A partir de esa cita de pasado –la política de unión nacional, impulsada oficialmente desde agosto de 1941 y mantenida durante la II Guerra Mundial–, el texto sugería incrementar la presión guerrillera evitando cooperar con el inane gobierno republicano en el exilio. En tal argumentación se retomaban otros viejos mimbres del relato de memoria, como el imaginario de la resistencia propio de la épica bélica de 1938. Junto a ese recuerdo implícito, y a la

14. Informe, 31.5.39, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPE), Dirigentes, 7/3.1.5.
15. Informe de la Delegación del Buró Político del CC al CC del PC(b) sobre la situación política y el partido, 5.8.1948, AHPCE, Documentos, 29.

revitalización de la lógica del frente único por la base, el documento valoraba la implantación guerrillera en términos triunfalistas, a pesar de reconocerse también la modestia numérica de sus efectivos armados. «El enorme apoyo del pueblo», se consideraba como correctivo, «ha frustrado hasta aquí las ofensivas efectuadas por la Guardia Civil y el Ejército contra los guerrilleros de Levante». «Esta situación influye enormemente en la moral de las fuerzas represivas del franquismo, que es muy baja».

El triunfalismo que correlacionaba presión guerrillera con inequívoco respaldo popular y erosión del aparato represivo fue, sin embargo, impugnado por Stalin, que se entrevistó en aquellos días con una delegación de la dirección española. Según los testimonios transmitidos muchos años después por Dolores Ibárruri (1984: 93-94) y Santiago Carrillo (1993: 416-419), la idea de perseverar en la táctica guerrillera era, para el líder soviético, un inequívoco síntoma «izquierdista» que cerraba opciones de futuro, en particular la de lograr éxitos gracias a una efectiva infiltración en las estructuras institucionales de la dictadura. Para explicarlo Stalin empleó un recurso muy habitual en su razonamiento: justificar la necesidad de los objetivos de futuro a través del recurso a episodios del pasado, en este caso recordando la táctica de penetración bolchevique en el entramado zarista.

Las transferencias entre pasado y la caída del franquismo como gran futurible prosiguieron en años siguientes como ejes del discurso orgánico, aunque adaptándose a los giros de coyuntura. En mayo de 1952 era Santiago Carrillo quien criticó la debilidad de muchos análisis históricos anteriores, lo cual había cercenado la posibilidad de actuación del PCE ante la «etapa decisiva» del forzar el fin de la dictadura[16]. Según su interpretación, tras la guerra se minusvaloraron «los problemas tácticos del repliegue» –derrota, exilio, clandestinidad–, sin tener «suficientemente en cuenta las consecuencias de la derrota y su cortejo de crímenes y asesinatos». No obstante, tal ejercicio de autocrítica acabó desembocando nuevamente en una narrativa triunfalista que auguraba la segura salida del túnel. Los últimos pasos rectificadores –el repliegue guerrillero o la huelga de 1951– certificaban que se avanzaba en esa dirección. Otro tanto consideró, poco después, Dolores Ibárruri, que también subrayo los errores provocados durante los años cuarenta, «resultado de un estado de ánimo refractario a la aceptación de la derrota, [con] la idea infantil de que el franquismo no podría sostenerse en el poder, ni nuestro pueblo soportar más allá de unos meses el yugo fascista»[17].

16. Informe, 3.5.1952, AHPCE, Dirigentes, 30/1.2.
17. Al camarada Vicente Uribe, a todos los camaradas del Buró político, 28.6.1952, AHPCE, Dirigentes, 31/13.2.

En todo caso, tales juicios no colisionaban con la percepción de que la perpetuación de la dictadura no significaba que aquella se estabilizase, sino que realmente manifestaba su grado de terror y, por tanto, de debilidad[18]. En otros análisis, considerar que la España de Franco estaba «al borde del abismo» llevó a buscar situaciones históricas comparables, como la crisis de la monarquía[19]. El juego pasado/futuro también caracterizó parte notable de la carga simbólica presente en la política de reconciliación nacional, formulada en la primavera de 1956, aunque, por supuesto, en su articulación operó un amplio conjunto de condicionantes. Uno de sus documentos esenciales –el proyecto sobre *Posición del Partido Comunista ante la situación en España*[20]– aprovechaba la cercana conmemoración del 18 de julio para resaltar una doble significación opuesta de memoria: la punitiva franquista, definida como «perpetuación del espíritu de guerra civil», y la inclusiva de «los que fuimos derrotados». En el preámbulo de aquel documento se recordaban diversos hitos –desde los *Trece puntos de Negrín* a la política de unión nacional–, presentándolos como antecedentes necesarios de la declaración de 1956 y de su llamada a «contribuir sin reservas a [una] reconciliación nacional de los españoles». Pero su médula discursiva y estratégica no miraba hacia atrás, sino hacia el futuro, proponiendo una senda de «cambios pacíficos» que forzasen «la ruptura del Estado del Movimiento Nacional» como salida democrática donde colaborasen el antifranquismo del exilio y también sectores descontentos del régimen.

Más allá de los giros y modulaciones vividas en la estrategia política del PCE entre los años cuarenta y sesenta, numerosos testimonios dan cuenta del persistente triunfalismo que se mantuvo durante aquellos años. En palabras de Manuel Azcárate (1994: 283), tras la II Guerra Mundial la prensa del partido estaba nutrida de un «mundo artificial» muy distante de «la situación española». Y ya recién expulsado del PCE, Jorge Semprún (1965: 88-89) destacó algo parecido en una crítica de la novela *Las ruinas de la muralla*, de Jesús Izcaray, que consideró empapada de «cánones de una visión apriorística de la realidad». De hecho, la expulsión de Semprún y Fernando Claudín del PCE pivotó, en buena medida, en torno al debate sobre expectativas de la dictadura e implicación con los profundos cambios socioeconómicos que se estaban viviendo en España. Claudín apuntó ante el Comité Ejecutivo el 27 de marzo

18. Informe del camarada A. Mije en el acto celebrado en Moscú, 2.9.1950, AHPCE, Dirigentes, 24/3.3.5.
19. J. M. Galán. Bancarrota del régimen monárquico español en 1931. De la lucha política de España en los años 1918-1931, AHPCE, Tesis, Manuscritos y Memorias, 35/12.
20. Proyecto. Posición del Partido Comunista ante la situación de España, mayo de 1956, AHPCE, Documentos, 57.

de 1964, aunque en tono muy medido, la posibilidad de una evolución del régimen y de sus estructuras «capitalistas-monopolistas» hacia «formas [de] mayor libertad política», incluso equiparables a las existentes en las democracias occidentales. Tal afirmación fue considerada como un anatema que confundía de forma torticera la «vía pacífica» propugnada por el PCE en 1956 –que no negaba la opción insurreccional, con activa participación social y del partido– con una «vía evolutiva y gradual» que anulase aquella expectativa revolucionaria (*Nuestra Bandera*, I-1965). Tiempo después, evocando aquel debate, Fernando Claudín señaló que «cuando Carrillo afirmaba que el franquismo se hundía, estaba convencido de ello». Según Claudín, el secretario general llegó a sugerir incluso que «una cosa era lo que decíamos y otra la que pensábamos realmente». «Es decir, [que] engañábamos a los militantes para levantar la moral y animarlos a arriesgar su vida», si bien apostillaba después que toda la dirección asímismo creía que «la situación del país era tal y como la describíamos» (Claudín, 1983: 88-89).

Después de Franco, ¿qué?

En el lapso de apenas diez años, Santiago Carrillo se responsabilizó de dos publicaciones emblemáticas como relatos sobre el futuro: *Después de Franco, ¿qué?* (1965) y *Hacia el post-franquismo* (1974). En ambos casos se trataba de informes presentados ante la dirección del PCE, aunque fueron editados como libros de gran tirada, difusión e impacto gracias a su valor como reflexiones prospectivas. Los dos coincidían en recalcar una creciente erosión del régimen de Franco, especulando sobre las vías de salida a la dictadura y el papel que debía jugar el PCE en ellas. Al tiempo, incorporaban distintas perspectivas de memoria selectiva, muy focalizadas en el pasado inmediato, pero que asimismo incluían miradas de más amplio calado que llegaban hasta los años treinta.

Bajo la rúbrica *¿Después de Franco, qué?* la editorial del Partido Comunista Francés publicó, con ligeros retoques, el extenso informe presentado por Carrillo al VII Congreso del partido, celebrado en el verano de 1965 en Choisy-le-Roi. El texto se iniciaba con un duro alegato contra Semprún y Claudín, que eran presentados como los epítomes de un subjetivismo fraccional con amplia tradición en la historia comunista. Ese momento también fue aprovechado por Carrillo (1965: 18-19) para justificar las acusaciones de errores de apreciación o de triunfalismo exagerado, como el que se otorgó a las «consecuencias catastróficas» que habría de traer el Plan de Estabilización. «Que las cosas no hayan ido tan lejos en esa dirección como entonces preveíamos», argumentó, «no significa que nuestras previsiones no fuesen, en lo esencial, justas». En el prólogo al libro se evocaba asimismo, muy brevemente, la memoria de la

guerra según el prisma de la política de reconciliación nacional (*Id*: 9-13). No obstante, más relevante era la reflexión acerca de la historia inmediata de la dictadura, contexto donde se resaltaban los cambios en sus equilibrios internos –que la despojaban, desde dentro, «de sus rasgos fascistas»– según cristalizaba una liberalización de tintes tecnocráticos. Semejante experiencia fue categorizada por Carrillo como una muestra de «despotismo ilustrado», o como la versión hispana de un paternalismo autoritario similar al de Horthy, «anterior [históricamente] a los regímenes fascistas». De ese modo, los cambios político-económicos que se estaban sucediendo en España encubrirían, en realidad, una suerte de tapón en el tiempo, un desarrollismo regresivo. Dicha lectura la amplió después Carrillo oponiendo las semánticas sobre «desarrollo» en su acepción comunista o franquista. En el primer caso, desarrollo no era otra cosa que progreso dialéctico, suma de contradicciones y segura «superación de la sociedad capitalista dividida en clases». En cambio, en su significación franquista representaba una ideología contrarrevolucionaria propia de un estadio de «capitalismo monopolista de Estado», así como un escaparate adaptativo de las teorías modernizadoras sobre despegue económico. Por tanto, se estaba ante nociones diametralmente opuestas respecto a su virtualidad histórica (*Id*: 123-139).

Después de Franco, ¿qué? incluía, además, un programa de objetivos para el día después de la dictadura en clave de restauración de la democracia parlamentaria (división de poderes, pluripartidismo, amplia autonomía regional o municipal…), si bien la pieza maestra en aquel esquema de futuro era la apelación a la «democracia político-social» entendida como régimen de transición, progresivo y no violento, entre neocapitalismo y socialismo (*Id*: 89-122). Ese mismo concepto se retomó y desarrolló dos años después en otro estudio colectivo prologado por el propio secretario general (*Un futuro*…, 1967), hasta acabar definitivamente inserto en el vocabulario eurocomunista. Pero en un principio se llenó de contenido combinando el viejo ideal de los años treinta de culminar una revolución democrático-burguesa, como «vía anti-feudal», y la solución republicana. «La monarquía es el gobierno de la aristocracia financiera», señaló Carrillo en *Después de Franco, ¿qué?*, «el régimen de los saraos, de las fiestas señoriales, el reino del sable. ¡Qué no se nos venga con las monarquías escandinavas y británica!». Pero en ningún caso se trataba de volver al 14 de abril, sino de retomar unas perspectivas de cambio estructural (reforma agraria, nacionalizaciones en el sector financiero o industrial) bloqueadas tras 1939 (Carrillo, 1965: 111-112).

Después de Franco, ¿qué? tuvo un amplio eco en la publicística comunista, que señaló su carácter de oráculo. Así, Enrique Andrés (*Realidad*, IV-1966)

situó la reflexión de Carrillo en un marco definido, como dos caras de una misma moneda, por «la profunda crisis de régimen» y por «la apertura de un proceso de auge revolucionario». Ante ese hecho, la obra de Carrillo no hacía sino evidenciar la acertada capacidad de prospectiva del partido. Por su parte, Pedro Olmedilla (*Libertad para España*, 1-XI-1965) creía por fin llegada la hora histórica del «renacimiento democrático», momento que requería clarificar «qué vendrá después» de décadas de dictadura. Otro tanto señalaron Jesús Izcaray (*Mundo Obrero*, XI-1965), que inició su reseña con la contundente afirmación de que «leyendo este libro uno tiene la sensación de asomarse al futuro de España», o Pedro Atienza (*España Republicana*, 15-V-1966), para quien el libro de Carrillo era, a pesar de su forzosa clandestinidad, el más leído en España por su clarividencia para «avizorar el futuro».

Casi diez años después apareció otra publicación –*Hacia el post-franquismo*– igualmente caracterizada por apelar a un futuro de nuevo percibido como inminente, si bien este se dibujó ahora con unas trazas mucho más volubles y frágiles que el considerado en 1965. En *Hacia el post-franquismo* se recogía el informe presentado por Carrillo ante el Comité Central pocos días antes de la Revolución de los Claveles. Aquel hecho, por tanto, no era valorado en el texto original, pero sí lo fue en el prólogo del libro, enjuiciándose como prueba de lo acertado de las previsiones comunistas acerca de una insurrección incruenta. Otro acontecimiento inmediato de gran impacto –la muerte de Carrero Blanco– sí tuvo, en cambio, destacada presencia en el informe del secretario general, valorándose como el umbral definitivo hacia el final de la dictadura, en un entorno agravado, además, por la recepción de los primeros síntomas de una nueva crisis económica internacional (Carrillo, 1974: 9-19). *Hacia el post-franquismo* formulaba una percepción graduada del futuro. Partiendo de la base de la incapacidad de evolución de la institucionalidad del régimen, la alternativa pasaba por la ruptura democrática, una noción oficializada en el VIII Congreso (1972) que preveía el establecimiento de un gobierno provisional que garantizase derechos y libertades y la apertura de un proceso constituyente. De ese objetivo inmediato dependía todo el devenir ulterior. «No es», apostillaba Carrillo, «el socialismo, ni la democracia popular, ni siquiera un gobierno de izquierdas. Es la liquidación de la dictadura [desde un] Gobierno de reconciliación nacional», multipartidista y transitorio, encaminado a elaborar una Constitución democrática (*Id*: 37-38).

Carrillo concebía esa solución como un compromiso interclasista según el patrón de memoria presente en el consenso antifascista francés o italiano del período 1944-47. Pero también apelaba a la historia orgánica y establecía un paralelismo entre el protagonismo del PCE en 1974 y el ocupado durante

la Guerra Civil, «engarzando con la tradición del Frente Popular y la guerra, pero no remendándola, no prolongándola con la aplicación de esquemas superados». En todo caso, el informe dejaba abierta la cuestión de la forma del régimen; e incluso, en algún pasaje, situaba a Juan Carlos de Borbón –o bien, como alternativa, al Conde del Barcelona– como figuras decisivas si se alineaban con un «centrismo» avanzado que reconociese al PCE como interlocutor, lo cual manifestaría su capacidad para «enterrar la sucesión y […] realizar una ruptura con el pasado dictatorial» (*Id*: 50-51).

La conclusión era clara y quedó remarcada en las últimas páginas de *Hacia el post-franquismo*, dominadas por la sensación de estar viviéndose un tiempo abierto. Carrillo afirmó que no se renunciaba a la perspectiva revolucionaria a largo plazo, pero resaltó que esa senda no era «una recta ascendente, sin zigzags». Y ahora primaba la trascendencia de lo inmediato que podía convertirse, casi por sorpresa, en presente sobrevenido. Un futuro acortado, pues, «aunque después de tantos lustros de opresión [debía huirse] de profecías optimistas». «Pensamos en el porvenir», terminaba su intervención, «pero lo que debo subrayar es que estamos en un momento en que cualquier acontecimiento puede desencadenar un proceso político» (*Id*: 113-114).

Conclusiones

En septiembre de 1975 se aprobó en la II Conferencia del PCE el *Manifiesto Programa*, un documento que estuvo discutiéndose durante tres años. En sus primeras páginas se invocaba la certeza de la victoria final –«el comunismo se ha convertido en la fuerza política más extraordinaria que conoce la Historia»– y se certificaba la virtualidad del «socialismo en los países desarrollados» o de su «vía española». Además de la invocación policentrista, aquel texto retomaba diversas claves del discurso coetáneo del PCE –democracia económica y social, pacto por la libertad, ruptura democrática–, junto a una síntesis histórica muy selectiva fundamentada en los déficits de la revolución burguesa, la presencia de una oligarquía de largo recorrido durante el siglo XX o «la ocasión perdida de la II República» (*Manifiesto Programa*, 1977: 7-9, 17-19 y 26-27). Sin embargo, el *Manifiesto Programa* tuvo rápida fecha de caducidad. En la primavera de 1977 algunos de sus puntos se difundieron junto al programa electoral recién aprobado (Carrillo y Sánchez Montero, 1977: 39-40 y 49-51), conjugándose así afirmaciones taxativas, pero opuestas, donde se llamaba a la «libre unión de todos los pueblos de España en una República Federal» (*Manifiesto Programa*), junto a otro pasaje en que se evitaba ningún pronunciamiento sobre la forma de Estado (programa electoral). Ya tras las elecciones de 1977 el *Manifiesto Programa* desapareció del corpus político del partido, certificándose así su

carácter coyuntural como declaración nacida –y también agotada– en el estricto tránsito del tardofranquismo a su futuro más inmediato.

A lo largo de estas páginas se ha abordado un conjunto, necesariamente limitado, de materiales representativos del discurso orgánico del PCE desde finales de los años veinte al ecuador de los setenta. Cabe considerar que tales fuentes evidencian un estándar definido, en primera instancia, por la coyunturalidad y la inmediatez de fijar objetivos desde estrictas necesidades de un presente cambiante. Dicho rasgo es, por supuesto, consustancial a muchos informes o proyecto políticos, pues estos se caracterizan, con mucha frecuencia, por pautar determinadas acciones con valor prospectivo. Sin embargo, los materiales que hemos ido desgranando en este artículo pueden enjuiciarse también como peculiares relatos de memoria. En ellos dominó esa coyunturalidad propia del tiempo presente. Pero siguiendo una tradición formal y expositiva prolongada durante décadas, su argumentación partió de reflexiones selectivas sobre el pasado y culminó formulando expectativas de futuro. De esa forma, el presente adquiría pleno sentido, en una jerarquía temporal –cabe añadir– sobredeterminada por el devenir (conjeturas, especulaciones, meta finalista…), la llave maestra que iluminaba el hoy y condicionaba cómo recabar en el ayer.

Cabe estimar, pues, que en las narrativas aquí estudiadas el futuro se erigió en dimensión preponderante e imperativo temporal, según el estándar propio de la crono-política comunista. Algo que, como resaltó Henry Rutz (1992: 1-17), ha de relacionarse, a su vez, con las prácticas orientadas a legitimar o denigrar a través de la temporalidad, por ejemplo mediante la instrumentalización simbólica de las «tecnologías del tiempo» (conmemoraciones o calendarios). Si bien no ha sido objeto de atención en este trabajo, la amplitud geográfica y el amplio recorrido histórico del estándar narrativo orgánico comunista certifican que nos encontramos ante un sólido producto transnacional. No obstante, los giros concretos de coyuntura que se han ido comentando –la apelación a los soviets, al frentepopulismo, a la guerrilla, a la reconciliación nacional, a la democracia política y social o a la ruptura democrática– ilustran, igualmente, sobre la maleabilidad de esos mismos escenarios de futuro en su variante española, así como respecto a su conexión con una memoria política caracterizada por la discontinuidad, las revisiones de tono más o menos autocrítico, la modulación, la resignificación o la amnesia.

Bibliografía

ALBELTARO, Marco (2015). Cultura política, estilos de vida y dimensión existencial. El caso de los comunistas italianos. En Aurora BOSCH e Ismael SAZ (coords.). *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto* (363-378). Valencia: Tirant Le Blanch.

ANASTASOIAE, Marian Viorel (2015): Politique du temps, régime d'historicité et subjectivité en URSS. *Temporalités*, *22*, 1-23. <https://journals.openedition.org/temporalites/3315>

ANDRADE BLANCO, Juan Antonio (2012). *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Madrid: Siglo XXI.

ANDREUCCI, Franco (2005). *Falce e martello. Identità e linguaggi del comunista italiani fra stalinismo e guerra fredda*. Bolonia: Bolonia University Press.

AZCÁRATE, Manuel (1994). *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*. Barcelona: Tusquets.

BUENO, Manuel y GÁLVEZ, Sergio (coords.) (2004). Estrategias de alianza y políticas unitarias en la historia del PCE. *Papeles de la FIM*, 24.

BUJARÍN, Nikolái y PREOBRAZHENSKY, Yevgeni (1977 [1919]). *ABC del comunismo*. Barcelona: Fontamara.

CARRILLO, Santiago (1965). ¿Después de Franco, qué? París: Éditions Sociales.

CARRILLO, Santiago (1974). *Hacia el post-franquismo*. París: Ebro.

CARRILLO, Santiago (1993). *Memorias*. Barcelona: Planeta.

CARRILLO, Santiago y SÁNCHEZ MONTERO, Simón (1977). *PCE*. Bilbao: Albia.

CLAUDÍN, Fernando (1983). *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*. Barcelona: Planeta.

CONNERTON, Paul (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.

CONNERTON, Paul (2009). *How Modernity Forgets*. Cambridge: Cambridge University Press.

CRUZ, Rafael (1987). *El Partido Comunista de España en la Segunda República*. Madrid: Alianza.

CRUZ, Rafael (2001). Como Cristo sobre las aguas. La cultura política bolchevique en España. En Antonio MORALES MOYA (Coord.). *Ideologías y movimientos políticos* (187-202). Madrid: Nuevo Milenio.

DÍAZ, José (1935). Las luchas del proletariado español y las tareas del Partido Comunista. *La Internacional Comunista*, *XII*, 75-93.

DÍAZ, José (1978). *Tres años de lucha*. Barcelona: Laia.

ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta (1999). *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*. Barcelona: Planeta.

ERICE, Francisco (2009). «El orgullo de ser comunistas. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles». En Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ (Eds.). *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social* (139-183). Madrid: FIM.

GINARD, David (2009). «Sobre héroes, mártires, tumbas y herejes. Culturas militantes de los comunistas españoles (1939-1962)». En Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ (Eds.). *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social* (43-91). Madrid: FIM.

GRIFFIN, Roger (2019). *Fascismo. Una introducción a los estudios comparados sobre el fascismo*. Madrid: Alianza.

HANSON, Stephen (1997). *Time and Revolution. Marxism and the Design of Soviet Institutions*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2010): *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*. Barcelona: Crítica.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2015): *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*. Barcelona: Crítica.

HOBSBAWM, Eric (1983). Introducción: la invención de la tradición. En Eric HOBSBAWM y Terence RANGER (Eds.). *La invención de la tradición* (7-21). Barcelona: Crítica.

HÖLSCHER, Lucian (2014). *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI.

HUYSSEN, Andreas (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: FCE.

IBÁRRURI, Dolores (1984). *Memorias de Pasionaria, 1939-1977. Me faltaba España*. Barcelona: Planeta.

KOSELLECK, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.

LEVY, David (2010). Changing temporalities and the internationalization of memory cultures. En Yifat GUTMAN, Adam D. BROWN y Amy SODARO (Eds.). *Memory and the Future. Transnational Politics, Ethics, and Society* (15-29). Londres: Palgrave.

Manifiesto Programa (1977). Madrid: Comisión Central de Propaganda del PCE.

MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere (2017): *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*. Barcelona: Crítica.

NEIGER, Motti (2007). Media oracles: the cultural significance and political import of news referring to future events. *Journalism*, *8, 3*, 309-321. <https://doi.org/10.1177/1464884907076464>

PRIETSLAND, David (2010). *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.

Programa y estatutos de la Internacional Comunista, aprobados en la XLVI sesión del VI Congreso de la Internacional Comunista, el 1 de septiembre de 1928. Barcelona: Europa-América.

RODRÍGUEZ TRANCHE, Rafael y SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente (2011). *El pasado es el destino. Propaganda y cine del bando nacional en la Guerra Civil*. Madrid: Cátedra.

RUEDA, José Carlos (2018). *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista (1931-1977)*. Valencia: Universidad.

RUTZ, Henry (1992). The idea of a politics of time. En Henry RUTZ (Ed.). *The Politics of Time* (1-17). Washington: American Anthropological Association.

SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús (2004). *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*. Madrid: FIM.

SEMPRÚN, Jorge (1965). Las ruinas de la muralla o los escombros del naturalismo. *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, *1,* 88-89.

STITES, Richard (1989). *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and the Experimental Life in the Russian Revolution*. Nueva York: Oxford University Press.

TAGÜEÑA, Manuel (1976). *Testimonio de dos guerras*. Planeta: Barcelona.

TRAVERSO, Enzo (2017). Memoria del futuro. Sobre la melancolía de izquierda. *Nueva Sociedad*, *268*, 154-167.

TENENBOIM-WEINBLATT, Keren (2013). Bridging collective memories and public agendas: Toward a theory of mediated prospective memory. *Communication Theory*, 23, 2, 91-111. <https://doi.org/10.1111/comt.12006>

TREGLIA, Emanuele (2012). *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*. Madrid: Eneida.

Un futuro para España: la democracia económica y social (1967). París: Ebro.

VALENCIA, Guadalupe (2018). Los recuerdos del porvenir y el porvenir de los recuerdos. Breves reflexiones sobre los usos del pasado. *Revista de Estudios Sociales*, *65*, 2-11 <https://doi.org/10.7440/res65.2018.01>

VENTSEL, Andreas (2011). Lenin is the Stalin of today: a deictic approach to the cult of leader. *Russian Journal of Communication*, *4, 1-2*, 38-52. <https://doi.org/10.1080/19409419.2011.10756789>

ZERUBAVEL, Eviatar (2003). *Time Maps: Collective Memory and The Social Shape of the Past*. Chicago: Chicago University Press.